HARLEQUIN™

Julia™

Hombres INDOMITOS



Dame tu corazón

Pamela Toth

Dame tu corazón



Pamela Toth

HARLEQUIN™

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2007 Harlequin Books S.A. Todos los derechos reservados.
DAME TU CORAZÓN, N.º 16 - 9.4.08
Título original: I Do! I Do!
Publicada originalmente por Silhouette® Books

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Julia son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-6207-3
Depósito legal: B-6477-2008
Editor responsable: Luis Pugni

Prólogo

LIZBETH Stanton se arregló el generoso escote de su blusa y enderezó la cintura de la minifalda negra de cuero. Respiró hondo, empujó la puerta que daba a la sala de juegos de mesa del elegante Thunder Canyon Resort, donde su novio, Dax Traub, jugaba al póquer con sus amigos y su hermano DJ.

—Vaya, hola, chicos —posó exageradamente con una mano en la cadera a medida

que los seis hombres se giraban para mirarla.

Durante un momento, reinó el silencio salvo por el sonido que hicieron con las sillas los hermanos Cates cuando se pusieron de pie.

—Buenas noches, Lizbeth —saludó Marshall Cates.

La sonrisa presumida del doctor, atractivo como una estrella de una serie televisiva, le provocó un escalofrío de placer. Había salido con él algunas veces, pero nunca en serio. Su hermano menor, Mitchell, se mantenía en silencio a su lado. Si sonriera más a menudo, Mitch podría llegar a ser más apuesto que Marshall. Ella sentía debilidad por el pelo y los ojos oscuros.

—Oh, no os levantéis por mí —exclamó con un leve toque de sarcasmo a medida que miraba a los demás, su novio incluido, que seguían sentados como si tuvieran los traseros pegados a las sillas.

A regañadientes, también ellos se incorporaron. Russ Chilton y el jefe de Liz, Grant Clifton, mostraban expresiones de leve desaprobación. Todo el mundo sabía

que la actitud de Russ hacia las mujeres iba con un siglo de retraso con los tiempos modernos, pero por lo general, Grant se mostraba más contento de verla.

Quizá no debería haberse presentado allí, pero había querido recordarle a Dax lo que se estaba perdiendo al insistir en pasar la velada con los chicos en vez de con ella. En especial cuando era su día libre. Liz trabajaba de camarera en el bar del complejo hotelero.

—He venido a comprobar mi horario de trabajo, así que he pensado pasar a saludaros ya que estaba aquí—explicó, dedicándole a cada uno su sonrisa más coqueta.

Si Grant puso en duda su excusa, no dijo nada, pero los dos sabían que tenía un turno fijo, que alternaba semanalmente entre días y noches.

—Vaya, pero si es la segunda mujer más hermosa de Montana —indicó DJ, mirando a su hermano.

La rivalidad fraternal había dado como resultado una pelea a puñetazos en la inauguración unas semanas atrás del restaurante de DJ. Según Dax, desde entonces habían

enterrado el hacha de guerra. Esa noche soslayó la pulla de DJ.

—¿No crees que muestras una cierta parcialidad desde que al fin convenciste a la hermosa Allaire de casarse contigo? —preguntó Marshall, mirándolo.

Era una de esas peculiares coincidencias, probablemente resultado de vivir en una ciudad pequeña, que Dax le hubiera propuesto matrimonio a ella justo después de que DJ y Allaire, ex mujer de Dax, hubieran anunciado su compromiso. Era evidente que la gente que comentaba que Dax aún estaba enamorado de su ex se equivocaba.

Liz esperó que insistiera en que *ella* era más bonita, pero permaneció obstinadamente en silencio, con los brazos cruzados y un gesto ceñudo en la atractiva cara. Fue Mitch Cates quien finalmente salió en su defensa.

—Desde luego que Allaire es muy bonita —dijo con su atención centrada en sus fichas—, pero comparar a una rubia con una pelirroja es como elegir entre una flor delicada y una exhibición de fuegos artificiales.

Las dos son hermosas, pero cada una a su propia manera.

—Es un comentario muy amable —repuso ella mirando con expresión de desaprobación a Dax—. Gracias, Mitchell.

Los ojos oscuros de él se alzaron para encontrarse un instante con los suyos mientras se ruborizaba. ¿Cómo podía un hombre de negocios tan próspero y brillante seguir siendo tan tímido, en particular en compañía de los que eran sus amigos desde el instituto? Le resultaba imposible descifrarlo.

—Dax, creo que alguien acaba de comparar a tu dama con unos petardos —dijo Russ—. ¿Deberíamos felicitarte o mostrarte nuestras condolencias?

Por el hecho de que Liz había salido con unos cuantos hombres más de la ciudad antes de aceptar la proposición de Dax, Russ tenía una mala opinión de ella que no se molestaba en ocultar. Liz creía que debería relajarse un poco.

—Lo que está diciendo es que soy ardiente y que Dax es un hombre afortunado —repuso, a pesar de que Russ no se había

dirigido a ella—. Dax lo sabe, ¿verdad, cariño? —si no iba a defenderla voluntariamente, lo obligaría a darse cuenta.

Durante un instante, él se reclinó en la silla y la miró, apretando los labios en una fina línea. Luego la sorprendió tirando sus cartas en el centro de la mesa.

—Paso —gruñó, recogiendo sus escasas fichas y echando atrás la silla—. He venido a jugar al póquer, no a hablar de flores y fuegos artificiales.

«¿O sea, que los hombres no hablan cuando juegan?», pensó Liz. Todo el mundo sabía que eran peores que las mujeres en lo referente a los chismes.

Nadie dijo una palabra mientras Dax recogía su chaqueta y salía de la sala. Ella habría preferido pasear desnuda por la Calle Principal antes que ir tras él, a pesar de que las mejillas le ardieron al recibir un par de miradas de simpatía.

—No le hagas caso —dijo DJ después de que Dax cerrara de un portazo—. Probablemente está nervioso por volver a casarse.

«O está irritado porque su hermano va a casarse con Allaire, la mujer a la que, des-

pués de todo, sigue amando», pensó Liz desconsolada. Se esforzó en que su sonrisa no vacilara.

Fuera como fuere, era evidente que había sido un gran error presentarse allí esa noche. Sólo le quedaba realizar una salida digna sin ponerse a llorar.

—Estará bien en cuanto deje de hacer pucheros —hizo un gesto indiferente con la mano, exhibiendo su nueva manicura— Después de todo, a los fuegos artificiales nos gusta un hombre que tenga algo de chispa propia —les guiñó un ojo.

Un par de ellos rió entre dientes, apreciando el sarcasmo, y Marshall alzó los dos dedos pulgares.

—Está claro que contigo tiene las dos manos llenas —dijo con otra de sus encantadoras sonrisas.

No era de extrañar que todas las mujeres de la ciudad estuvieran locas por él, aunque él sólo tenía ojos para Mia Smith.

—Tú debes saberlo, muchacho —musitó Russ lo bastante alto como para que Liz lo oyera.

Grant le dio un golpe en el brazo.

—Está noche se te ve magnifica, Liz —aseveró.

—Gracias, Jefe —tenía que salir de allí—. Voy a dejar que volváis a la partida. Os veré luego.

Salió de la sala entre un coro de animadas despedidas.

Mientras avanzaba por el pasillo, sacó el teléfono móvil del bolso y llamó a Dax, empeñada en exigir una explicación a su indignante conducta.

Capítulo 1

ESTÁS mejor sin él, hermana —afirmó Emily—. Dax Traub es un idiota si no sabe lo que está perdiendo. No merece que le dediques ni un minuto más de tu tiempo.

A pesar de que Liz aún se hallaba aturdida por la conmoción del compromiso roto, las palabras de su hermana la animaron un poco.

Había llamado a Emily nada más llegar a

casa después de ver a Dax en The Rib Shack, la última exitosa incorporación de DJ a su cadena de restaurantes. Al parecer Dax había deducido que no le montaría una escena si le comunicaba la noticia en público.

Al principio no había sabido qué decir, tratando de asimilar unas palabras que carecían de sentido para ella. Conteniendo la amenaza de las lágrimas.

Al preguntarle por qué con un susurro desgarrado, él simplemente se había encogido de hombros.

—No es por ti —su cara mostraba más incomodidad que simpatía o pesar—. Lo siento.

Aún muda, Liz se había puesto de pie con las piernas flojas, abandonando el restaurante con toda la dignidad que pudo mostrar. De camino a casa, llorando, no había parado de preguntarse por qué. ¿Por qué? Dax era atractivo y sexy, y su imagen de chico rebelde se veía potenciada por la tienda de motos que poseía. Al parecer, ella no era lo bastante bonita o interesante para estar con alguien como él.

—No era la persona adecuada para ti, cariño —continuó Emily—. Para empezar, ¿por qué diablos te prometiste con él? Llevabais poco tiempo saliendo juntos, ¿no? ¿Lo conocías de verdad?

Liz se apoyó en la encimera de la cocina de la pequeña cabaña en la que vivía, propiedad de Emily y su marido.

—No, evidentemente no —gimió—, pero él insistió tanto. Cuando me lo pidió, dijo que no aceptaría un no por respuesta y no quise herir sus sentimientos.

—Oh, cariño, y el muy desgraciado ahora ha herido los tuyos. Quizá ya es hora de que empieces a pensar en ti primero. Casarte no es tu única opción.

«Es verdad», meditó Liz, yendo hacia la ventana que había encima del fregadero. La vista de los árboles siempre la calmaba.

—Imagino que esencialmente es mi orgullo el que está herido —reconoció, dándose cuenta de que era verdad.

¿Con cuántos hombres había salido porque le costaba rechazarlos, incluso cuando no sentía ningún interés romántico por ellos?

—¿Lo amabas? —le preguntó Emily—.

¿De verdad puedes imaginarte pasando el resto de tu vida con él?

Liz intentó imaginarse con el pelo gris y unas gafas bifocales, sentada sobre una Harley con un chal en los hombros.

—Quizá me gustaba más la idea de casarme que Dax en sí mismo —después de todo, ¿no había estado planeando su boda desde pequeña?

Al menos no se había acostado con él. Había querido esperar y a él le había parecido bien. Quizá demasiado bien.

—La verdad es que no creo que haya olvidado a su primera mujer, Allaire —admitió en voz alta la sospecha que se había negado a reconocer con anterioridad—. Probablemente, no fue una coincidencia que nos prometiéramos a la vez que DJ y ella anunciaban su compromiso —añadió.

Emily volvió a gemir.

—Pobrecilla. Si lo hizo por despecho...

—¿Sabes qué? —la interrumpió Liz con una súbita determinación—. Voy a superarlo y estaré bien. Ya lo verás.

—Sé que lo harás —el tono de Emily se animó al instante.

Liz agradeció el apoyo de su hermana, aunque Emily a veces la considerara voluble por haber cambiado de trabajo unas pocas veces... bueno, más que unas pocas, mientras intentaba descubrir qué quería hacer hasta conocer al hombre perfecto y casarse con él.

¿Acaso la mayoría de las mujeres como ella, solteras y con poco más de veinte años, no lo querían todo, una carrera estupenda, un marido maravilloso y una familia perfecta? ¿Ése no seguía siendo el Sueño Americano?

Se frotó la sien con la mano libre. ¿Era realista al pensar que resultaba posible? Quizá debería replantearse las cosas.

Aunque tener a un hombre en su vida sería agradable, como tener un deportivo, no lo necesitaba. Emily tenía razón; disponía de otras opciones. Ése podía ser el primer día de un plan nuevo, de una nueva dirección en su vida.

¡De una nueva Lizbeth Stanton!

La idea era demasiado nueva como para compartirla con su hermana. Ésta podría recordarle las demás veces que había em-

pezado de nuevo y hacerle dudar de sí misma.

—Mmm, he de dejarte —dijo, mirando el reloj. Tenía que hacer un par de recados antes de que empezara su turno en el bar—. Pero gracias. Ya sabes, por escuchar y todo lo demás.

—¿Seguro que estarás bien? —preguntó Emily con cierta preocupación—. Ojalá pudiera ir a verte, pero...

—No, en serio —cortó Liz—. Eres muy amable. Pero estaré bien. *Estoy* bien —afirmó con renovado entusiasmo. Que Dax fantaseara con su ex, si era lo que quería. ¡Ella tenía mejores cosas en que ocuparse!

—De acuerdo, pero llama cuando quieras, ¿de acuerdo? Lo digo en serio.

No sonaba muy convencida, pero Liz sabía que estaba muy ocupada con su propia vida y su marido como para dejarlo todo para ir consolarla.

—Lo sé. Lo haré. Cuídate —después de unas cuantas promesas más de mantener el contacto, puso fin a la llamada.

Una parte de ella deseaba haberse contenido de confiarle la noticia de la separación

a Emily hasta no haber reflexionado bien en todo, pero no habría sido capaz de guardarlo en secreto para siempre. En una ciudad pequeña como Thunder Canyon, la noticia se habría extendido como un vertido de petróleo.

Movió la cabeza. Había sido gratificante que le dijeran que Dax era una rata que no la merecía. Quizá debería haberlo imaginado, en especial después del modo en que se había marchado de la partida de póquer. Había estado dispuesta a perdonarle esa pataleta durante un agradable almuerzo. Pero él la había dejado con la misma frialdad que cancelaría una cita de trabajo.

Antes de volver a relacionarse sólo para no mellar el frágil ego de un hombre, tal vez debería dedicar cierto tiempo a analizar qué era lo que *ella* quería. Sacó una botella de agua de la vieja nevera y fue al dormitorio a cambiarse de ropa para ir a trabajar.

Que hubiera acabado un capítulo amoroso de su vida no significaba que no le importara no estar especialmente atractiva esa noche en el bar. Para que todo el mundo que fuera a ver lo destrozada que estaba pu-

diera ver con claridad lo que Dax Traub había descartado en un acto de suprema necedad.

Mitchell Cates estaba sentado en un reservado del Lounge, bebiendo una marca de cerveza de la que nunca había oído hablar. Aún era demasiado temprano como para que el local tuviera más que un par de clientes.

Pensativo, observó a dos turistas sentados a la barra coquetear con la camarera de turno. Cuando ella echó la cabeza atrás y rió por algo que había dicho uno de los turistas, deseó ser capaz de hacer reír de la misma manera a Lizbeth. Casi podía sentir la calidez de su sonrisa, el destello de interés en sus ojos oscuros y grandes.

Esa noche a Lizbeth se la veía especialmente preciosa con el pelo rojo recogido, con bucles y cintas rebotando en todas las direcciones. Era como un pájaro de tonalidades brillantes, llena de vida y energía. Lo que podía parecer excesivo en la mayoría de las mujeres, en ella encajaba a la perfección.

Como el top ceñido y sin tirantes de color plateado y la falda negra corta. ¿Cómo un cuerpo tan pequeño podía estar equipado con unas piernas kilométricas?

Disfrutaba observándolas cada vez que ella salía de detrás de la barra. Sólo pensar en ella le bloqueaba la mente y hacía que le temblara la lengua en la boca como una trucha en un anzuelo. Se sentía como un crío con su primer amor.

Ceñudo, vio que los dos hombres de la barra se levantaban.

—Oh, vamos, nena, relájate —instó el que llevaba puesta una gorra de béisbol, inclinándose hacia Lizbeth mientras el otro dejaba unos billetes sobre la barra—. Será divertido. Créenos.

Moviendo la cabeza, ella señaló al hombre mayor y calvo que sacaba brillo a las copas en el otro extremo de la barra.

—No sería justo para Moses si me marchara.

El hombre que le había hablado miró alrededor de la sala, iluminada con tenues luces, pasando ante Mitch como si fuera invisible.

—Esto está muerto —corroboró con un movimiento de la mano—. El viejo Mose podrá ocuparse de todo.

Los tres siguieron hablando hasta que una pareja de pelo cano entró y fue a sentarse en un reservado. El hombre miró a Lizbeth con expresión expectante.

Despidiéndose de sus bullangueros admiradores, fue a tomar el pedido de la pareja. Mientras estaba distraída, Mitch respiró hondo y llevó su copa a la barra. Desde que le había llegado la noticia de que Dax y ella habían roto, había estado pensando en abordarla. Repasando una y otra vez en la cabeza lo que le diría. Tratando de no pensar en el hecho de que había salido, aunque brevemente, con su encantador, ingenioso y exitoso hermano antes de mezclarse con Traub.

Nunca se había sentido menos atractivo o más nervioso que cuando Lizbeth regresó después de servirle las copas a la pareja mayor.

—Mitchell Cates —comentó ella con alegría—. ¿Te sirvo otra cerveza?

Él apenas miró su botella medio llena.

—Estoy servido de momento, gracias —la mente se le quedó en blanco—. Una noche tranquila —soltó, olvidando todos los comentarios ingeniosos que había pensado antes.

—Todavía es temprano —repuso ella—. El negocio se anima más tarde.

—¿Cuándo terminas tu turno? —preguntó Mitch, al tiempo que se ruborizaba—. Yo, eh, no pretendía que sonara como ha sonado —añadió.

Tiró su botella de cerveza, aunque la capturó antes de que se vertiera el líquido.

Ella movió la cabeza. La luz tenue hizo que las mechas rojizas de su cabello titilaran.

—No te preocupes, Mitchell —le palmeó la mano—. No me lo he tomado mal.

Sintió ese contacto fugaz por todo el brazo hasta los pies. Probablemente le disparó la presión arterial al tiempo que le aflojaba la lengua. Se dijo que era ese momento o nunca.

Lizbeth miró por encima de su hombro hacia un cliente que se había levantado de su mesa para marcharse.

—Buenas noches, señor Sinclair —saludó antes de volver a centrar su atención en Mitch—. Ahora vuelvo.

Él se volvió para admirar el contoneo de sus caderas mientras iba a recoger la cuenta, limpiaba la mesa y se llevaba la copa usada. Dejándola detrás de la barra, regresó junto a él.

Mitch se secó las manos húmedas sobre los pantalones.

—¿Te gusta trabajar aquí? —preguntó. Desde luego se llevaba bien con los clientes, a veces demasiado bien.

Ella se encogió de hombros.

—Es mejor que mi último trabajo en la oficina de la gestoría—puso los ojos en blanco—. Aburrido.

Mitch rió con ella. Mientras hablaran de trabajos y carreras, se encontraba en terreno sólido. El suyo era el mundo de un hombre de negocios que había levantado su empresa de una idea, un invento inteligente, hasta convertirlo en una marca bien conocida en los círculos ganaderos de todo el país y parte del extranjero.

Cuando intentaba cruzar al otro lado, a la

arena social de la conversación trivial y el coqueteo, se metía en arenas movedizas. Y nunca tanto como cuando hablaba con Lizbeth.

—¿Has pensado alguna vez en cambiar de trabajo? —preguntó.

Había más de una manera de llegar a conocer a alguien. En especial alguien tan atractivo como ella. Como el mundo de Lizbeth lo ponía tan nervioso, esperaba poder llevarla al suyo.

Por la expresión sorprendida de ella, comprendió que había logrado desconcertarla.

—Pienso en trabajar en otra parte a todas horas —reconoció ella, dirigiendo una cautelosa mirada a Moses—. Ya he cambiado de trabajo tantas veces que no sabría si sería una buena idea hasta que apareciera algo realmente perfecto.

Él ignoró la súbita sensación de titubeo.

—¿O sea, que podrías estar abierta a sugerencias?

Ella pestañeó de forma exagerada, sin pensar que hablara en serio.

—¿Y qué tienes en mente?